

PROPIEDAD DE LOS SILLONES EN GINEBRA

Los sillones en Ginebra poseen una propiedad particular. No sólo los fabricados allí, cualquier sillón del mundo que llegue a Ginebra inmediatamente adquiere esa característica.

Cientos de personas peregrinan a la ciudad suiza con el único objetivo de sentarse.

Las sillas y los bancos no poseen esa particularidad, sólo los sillones.

En épocas de muchos visitantes (generalmente en vacaciones), y ante la falta de sillones vacíos, algunos transportan los suyos. Los más ansiosos -apenas cruzan la frontera- depositan el sillón en tierra ginebrina y se desparraman sobre el mismo.

Se ha convertido en un gran negocio para los habitantes de Ginebra que sacan sus sillones a la calle y los alquilan a sumas exorbitantes.

Todos los que se sientan en los sillones saben que no pueden revelar el secreto.

Nadie, nunca, difundió la propiedad que poseen los sillones en Ginebra. Tal vez no quieran que ocurra lo que pasó con los roperos en Ankara.

Isidoro Goldstein, único habitante de Nueva Esperanza que logró llegar a la ciudad europea, regresó sin emitir ningún comentario sobre su experiencia, tan solo trascendió que pagó mil quinientos Francos Suizos por el uso de dos horas de un sillón de pana azul.

Familiares y amigos de Isidoro afirman que ya no es el mismo. Su carácter ha cambiado, y hasta su aspecto físico: ahora luce más pequeño, sus dedos se han afinado y se aferra a un bastón -porque su vista ya no es la de antes-. Por las noches se lo escucha susurrar poemas en islandés.

Autor: Gustavo. E, Green de San Antonio de Areco. Argentina